

todos aquellos con quienes se cruzaba: 550 me ha costado esa cosita que le cuelga ahí al mocoso, 550, el trabajo de tres años, pero merece la pena, esa cosita tan diminuta vale 550, tres años de trabajo, pero ahí está, la salvación de mi futuro. Y todos le felicitaban y le vitoreaban, y pronunciaban su nombre, francamente felices, y se llegaron a la taberna a celebrar la victoria de Tai Li, mientras su esposa se recuperaba de la pesadilla postrada en la cama. 550 le había costado aquel pene minúsculo, en efecto, el trabajo de tres años, los lentos ahorros de tres años, el hambre padecida durante tres años, la endebles y decrepitud de la hija y la esposa durante tres años de insomnio. Brindemos por Tai Li que retó al destino, sí, brindemos.

El tabernero amagó un brindis pero mi vaso estaba vacío. Lo volvió a llenar y entonces sí brindamos por aquel hombre que estuvo sentado donde yo me encontraba y un nuevo tren ardiendo me arrasó la piel de la boca, descendió por mi garganta y estalló en mi hígado, subiéndome hasta el cerebro la temperatura infernal que me obligó a cerrar los ojos y exhalar un suspiro.

— Pero con el destino no se juega. El destino tiene las cartas marcadas y es un bromista. O a lo mejor no es un bromista y también comete sus equivocaciones, quién sabe. Yo no lo sé, y no me quejo de no saberlo. No me quejo por nada. Siempre es mejor no quejarse, más saludable para la higiene de uno. No se queje nunca, extranjero, no se queje, que quejándose es poco lo que va a conseguir. Es mejor aceptar las cosas como vienen y cuando el destino comete un error piense que ya lo corregirá en el futuro. Tai Li le quiso corregir el error al destino, pero el destino es como el kanji: si lo respetas te adula, y si no, te destroza. Tai Li volvió a su faena, alegre porque vislumbraba un futuro en el que no le faltaría el socorro del hijo. Trabajaban él y su mujer de sol a sol, y en la casa quedaban la pequeña de cuatro años y el recién nacido. La madre se acercaba de vez en cuando a vigilar a sus hijos. También le ayudaba en esa tarea la hija de una vecina, un poco mayor que su primogénita. Una mañana las dos niñas se arrimaron a la cuna prohibida donde descansaba el bebé, y la mayor le dijo a la otra:

— ¿Quieres que le toquemos eso que le ha costado a tu padre 550?

— No me deja mi madre.

— Pero no va a enterarse. El bebé vale 550 porque tiene eso ahí colgándole, y como tú no tienes pues no vales nada.

— Pero si le tocamos se darán cuenta.

— ¿Cómo van a darse cuenta?

— Llorará y mi madre escucha cuando el bebé llora y se presenta en seguida a callarlo.

— No llorará, y si llora nos retiramos y cuando llegue tu madre decimos que no sabemos por qué llora.

Y las niñas destaparon al bebé y le desnudaron, y observaron aquello que valía 550, y luego lo depositaron de nuevo en la cuna. Pero al día siguiente, estando sola la hija de Tai Li, se dirigió a la cuna de su hermano, le destapó de nuevo y le volvió a mirar el pene. Lo tocó entonces. Estiró un poco. Luego fue a por un cuchillo y le tajó aquello que había costado 550 a su padre, tres años de agonía. Y el recién nacido empezó a desangrarse, mudo, sin emitir un solo grito, con los ojos abiertos, mirando a su hermana, pero sin emitir un solo grito. No tardó en morir. La niña tapó al bebé y se fue a su catre a seguir dibujando. Le gustaba dibujar. Yo tengo algún dibujo que me regaló Tai Li. Dibujaba frutas sobre todo, aunque en una ocasión me hizo un retrato que conservo. Es un garabato, claro, pero yo lo conservo como si fuera un tesoro. Me emocionó que quisiera dibujarme, ya ve, y eso que nunca fui especialmente cariñoso con ella, nunca le regalé una manzana siquiera, y ella sin embargo me hizo un retrato, es un garabato, sí, pero bueno, lo hizo ella.

La tragedia ya estaba descrita, pero ¿y la madre? ¿y el padre?

Encendí otro cigarrillo mientras llegaban las respuestas a esas preguntas.

Cuando llegó Tai Li y fue a besar a su pequeño vio horrorizado el charco de sangre que empapaba las mantas que lo protegían. Corrió hacia él y sostuvo el cadáver de su hijo durante un buen rato, incapaz de llorar. Ese detalle acerca de su incapacidad para llorar en aquel momento no sé de dónde proviene, pero así nos lo hemos ido contando todos y así lo legaremos a los herederos. Tai Li volvió a depositar el cadáver del bebé en su cuna y luego se acercó a su hija. Nadie oyó gritos ni escándalo de ningún tipo. Le quebró el cuello de un golpe. La chica debió morir en el instante. Luego Tai Li cogió el cuchillo ensangrentado con el que su hija había arrancado el pene al bebé, y se tajó su propio pene. Después se ahorcó de una viga de la casa. Así lo encontró su mujer cuando llegó. El destino, ya ve. Siempre llegaba ella antes a la casa, pero aquella tarde invirtió el orden de llegada, tal vez si ella hubiera llegado antes la niña aún estaría viva, y el mismo Tai Li también, borracho y destrozado, pero vivo. El destino es así. Llegó él antes. Mató a la hija, se cercenó el pene y se ahorcó. Cuando Sun Yin llegó a su casa creyó haberse introducido en el sueño de un demonio. El bebé inundado de sangre, la hija con los ojos ya extraviados en el infinito, y el marido, desnudo, sin pene, chorreando sangre, y colgado de una viga. Los dioses deberían haberla favorecido con una amnesia, un golpe de olvido que la librara del presente en aquel momento, que le extirpase la identidad, que la anulase. Pero no, su corazón fue demasiado fuerte y no tuvo la fortuna de que un infarto la apremiase.

Cuando recobró la conciencia, cuando se dio cuenta de que aquello que estaba viendo no era una pesadilla, cuando supo que su hijito de veras ya no existía, su hija y su marido tampoco, salió a la calle gritando, implorando que alguien la matase, arrancándose las ropas, clavándose las uñas, golpeándose la cara contra las paredes, arañándose, ayúdenme, ayúdenme, y en su desesperación iba de vecino en vecino reclamando esa caridad que ninguno supimos darle. Recorrió casa por casa la aldea, miró los ojos de todos los vecinos, nos sacudió a todos, aporreó todas las puertas, y nadie la ayudó. Se perdió en el bosque aquella mañana por comprobar si alguna alimaña le ofrecía el auxilio que nosotros no podíamos darle. Y a la mañana siguiente, a la misma hora en que se congrega toda la aldea en el mercado, oímos espantados los gritos de Sun Yin acercándose de nuevo, repitiendo sus súplicas y marchándose otra vez sin obtener lo que pedía. Hace ya doce años de esto. Y Sun Yin sigue surcando las calles de la aldea a la hora del mercado, procedente del bosque en el que mora, y en el que se pierde después del mediodía. Es una costumbre de la aldea. Ya ve, así hemos admitido ese horror. Hasta que algún extranjero quiera hacerle el favor de librarla de su condena, una condena que le ha impuesto el destino nadie sabe por qué. Pero a lo mejor el destino le tiene asignado un final dichoso. Quién sabe, a lo mejor algún día, un extranjero se atreve y la libra del castigo. Pero hasta ese día, seguirá cruzando la aldea cada mañana, pidiéndoles a los vecinos que la maten. Pero aquí somos cobardes y preferimos verla cada mañana. Sí.

No supe qué decir. Pregunté cuánto debía por el kanji y el tabernero me dijo que nada. Me fui sin agradecer siquiera la gratuidad del veneno.

— Vuelva alguna vez, extranjero, o mande a compatriotas suyos a esta aldea maldita. Tal vez alguno de ellos sea una de esas erratas del destino que corrija nuestro pasado.

Puse rumbo a Xián, pero al bordear el bosque experimenté una inquietud extraña, un desasosiego pungente que fue sometiéndome hasta convertirse en una certitumbre: yo había detenido mis pasos en la aldea, había llegado a conocer la historia de aquella mujer, su tragedia, había sido emponzoñado por el soporífero alcohol del tabernero, porque ocupaba un papel en esa historia. Yo sería el encargado de finar la tristeza perturbadora de aquella mujer, de acabar con sus súplicas, de dedicarle un poco de comprensión y liberarla de la onerosa pesadilla que la había hundido. Tendría que adentrarme en el bosque, sombrío y espeso como suelen ser los bosques de los sueños, encontrarla y, sin aguardar a que de nuevo me perturbara con sus ruegos, arrebatarme una existencia que hacía mucho la había abandonado, que se había convertido sin más en el movimiento inerte al que a veces nos fuerza la cobardía.

Avancé pues por el suelo de sombras, crujendo mis pasos al quebrar ramas y hojas, oyendo el festival de clamores con que los pájaros ocupaban el aire verde, mirando a una y otra parte por ver si adivinaba dónde podía guarecerse la mujer a la que iba a liberar del futuro. No tuve que encontrarla. La vi acercarse lenta, sin que sus pasos quebraran ramas ni hojas secas, fijos los ojos en mi mirada fija, tenso el gesto como el de una máscara de piedra.

— ¿Qué buscas extranjero en este camino?

— He venido a obedecer tus súplicas.

— ¿Quieres decir que estás dispuesto a matarme?

Y sonrió, y entonces vi que le faltaban tres dientes, y me pareció más vieja que en el mercado.

— Sí, si sigues queriéndolo.

— Yo hace mucho que no tengo más deseo que el de morir. Pero no me preguntes por qué entonces he seguido viva, si al fin y al cabo, una de nuestras capacidades es la de adelantarnos a la muerte provocándola nosotros mismos. No sabría qué contestar. Cada mañana al despertar me horrorizo al sentir que aún estoy viva, y entonces corro a la aldea a implorar ayuda, una ayuda que nadie me ha querido conceder nunca.

— Por eso estoy aquí. He venido de muy lejos, y ahora sé que nuestros destinos se cruzaban en este bosque.

— ¿Sabes por qué me he atenazado tantas veces en que yo misma iba a concederme la muerte?

— ¿Por qué?

— Por temor a que luego de muerta recuperase la conciencia en un lugar donde volviera a reunirme con mi esposo. Lo he detestado tanto durante estos años, que no soporto la idea de volver a verlo. Confío ciegamente en que en el lugar al que parto no haya nada, sólo inconsciencia, sólo vacío, ninguna imagen, ninguna voz.

— En el vacío no se propagan las voces, amiga. No te preocupes. Allá donde te diriges se perderá todo lo que eres y todo lo que has sido.

Ni yo mismo valoraba las palabras que emergían de mi interior, como si una convicción firme, religiosa, las hubiera aprehendido de sabias y antiguas doctrinas hacía tiempo. Sentí que esas palabras no me dejaban hablar, que las palabras, en efecto, a veces no nos dejan hablar, y acudimos a ellas como a una tabla de madera del naufrago, sin reparar en que hay olas cuya potencia no puede soportar ninguna barca improvisada, aunque resulta inevitable pensar que cuando se ha alcanzado un trozo de madera tras el naufragio se está más cerca de la salvación, se alimentan las esperanzas por haber retrasado la hora del fin. Pero la hora del fin había llegado. La mujer se me acercó y en un susurro me exigió:

— Hazlo ya.

Creo, aunque esta impresión debe haber sido embaucada posteriormente por uno de esos artificios a los que tan propensa es la memoria, que todo cuanto recrea lo quiere convertir en mero cine, creo, en fin, que el clamor de pájaros se quebró en silencio cuando hundí mi puñal en su corazón. Luego he soñado a menudo con ese instante y a veces, en el momento de adentrar mi arma en su pecho, la mujer se desinflaba como si fuese un muñeco. Humedecidas por su sangre, mis manos la sostuvieron un momento, mis ojos sostuvieron su última mirada, y mi mejilla recogió su beso agradecido. La dejé allí, tumbada en el suelo, mientras los pájaros, si es que de verdad interrumpieron sus cánticos, reanudaron el festival. En pocas horas las alimañas darían cuenta de su escualidez. Salí del bosque y me fui a Xián, con los ojos aún nublados por el kanji, la memoria empañada por los ojos de la mujer, y el corazón saltándome en el pecho como una pelota.

Juan Bonilla

